

LA FE COMO LUCHA CONTRA LA IDOLATRÍA

Francisco García Martínez

Introducción: ¿por qué este tema?

Quizá el afán por acercar la fe al pueblo sencillo, una falsa compasión por las cargas que pesan sobre su vida, o una reacción ante las cargas excesivas y arbitrarias de la Iglesia parecerían haber hecho que nuestra predicación extienda un cristianismo fácil, simplón, que va bien como revestimiento de una vida tranquila en este estado de bienestar en el que parecíamos vivir. Sin embargo este cristianismo *a precio de saldo*¹, sin vigilancia contra las acechanzas del Enemigo que nos tiene separados de Dios sin que apenas nos demos cuenta, sin exigencias que nos ayuden a configurar la vida según la voluntad de Dios, sin lucha contra los impulsos que definen nuestra vida como absoluto frente a todo y frente a todos... ha terminado por no significar nada en muchos que la abandonan como si fuera una piel de serpiente vieja que realmente no vale para nada.

¹ Entiéndase en el mismo sentido en que hablaba D. Bonhöffer cuando afirmaba: “La gracia barata es la gracia sin seguimiento de Cristo, la gracia sin cruz, la gracia sin Jesucristo vivo y encarnado”, en *El precio de la gracia*, Salamanca 2004, 16.

Otros, si no despertamos, seguiremos sus pasos o, sin abandonar el redil, viviremos en él simplemente disfrazados de cristianos, no más.

He aquí el primer mandamiento pronunciado por el Señor tal y como aparece en el texto de Éxodo: «*Yo soy el Señor; tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses fuera de mí. No te harás ídolos, figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, abajo en la tierra o en el agua debajo de la tierra* (Ex 20, 1-4). Nosotros lo concretamos de una forma casi insufrible cuando decimos *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. ¿Sobre todas las cosas? ¿Hay que tomarse esto en serio? Y sobre todo, ¿este mandamiento nos oprime o nos libera como parece ser viniendo de un Dios que busca sacarnos de Egipto?

En la Biblia podemos decir que casi no existen a-teos, sino más bien ídólatras. El pueblo de Dios apenas tiene la tentación de dejar de creer en Dios, pero está siempre a un paso de sustituirlo o de deformarlo según sus intereses. Y quizá sea este nuestro problema, hacer un dios a nuestra medida para, creyendo en él, creer solo en nosotros mismos. La idolatría se produce, pues donde hay fe, no donde hay ateísmo. Los pueblos circundantes con sus dioses paganos son una tentación para Israel, porque cuando los mira ve en ellos el poder que otorgan a sus fieles. O, dicho de otra manera, el poder sobre la realidad que quiere tener el creyente le hace deslizarse hacia los dioses que presiden la vida de los que están como estos quisieran estar. El problema pues no será tanto de condenar a los pueblos paganos, sino el de no dejarse seducir por su vida sobreabundante y poderosa que nos invita a abandonar nuestros principios y nuestra fe en Dios para conseguir lo que ellos tienen. Es así como aparece tratada en el Catecismo cuando aparece, no en el contexto de condena de los otros pueblos o religiones, sino como tentación de la misma fe: “la idolatría no se refiere solo a los cultos falsos del paganismo. Es una tentación constante de la fe. Consiste en divinizar lo que no es Dios” (nº 2113).

De la invitación que en el año de la fe recibimos de Benedicto XVI, recogiendo palabras de Pablo VI a “adquirir una exacta conciencia de nuestra fe para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla” (*Porta Fidei*, 4), nos interesa en este contexto el segundo y el cuarto verbo: *purificarla* (frente a su deformación, una de las cuales es la idolatría) y *confesarla* (frente a los que nos piden ‘quemar incienso ante otros dioses’).

1. La fe original de Cristo (Hb 12, 2)

Vamos en un primer momento a detenernos en la comprensión cristiana de la fe para situar en ella el espacio donde aparece la tentación de la idolatría y cómo en Cristo tenemos la victoria última sobre ella. Nos detendremos en una pequeña pero honda afirmación de la carta a los Hebreos que apunta al núcleo de la cuestión. Cuando se camina hacia la raíz de la fe, apunta Benedicto XVI citando este texto, hay que tener “la mirada fija en Jesucristo, que inició y consuma nuestra fe” (*Porta Fidei*, 13).

a) ¿A qué llamaremos fe?

Los cristianos comprendemos finalmente qué es la fe poniendo los ojos en Jesús que es su “autor y perfeccionador”, el que la inicia y la consuma. Dice el texto en cuestión: *ya que estamos rodeados de tal nube de testigos, liberémonos de todo impedimento y del pecado que continuamente nos asedia, y corramos con constancia en la carrera que se abre ante nosotros* (Hb 12, 1-4). Esta carrera es el combate para mantener la fe, la permanencia en la confesión frente a todo lo que intenta destronarla como forma propia del creyente de situarse en el mundo. Un combate que se realiza en solo la *militia christi*, en el seguimiento de Cristo.

Para ello, el creyente debe fijar, sigue el texto, *la mirada en el iniciador y consumidor de nuestra fe, en Jesús, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó “sin acobardarse” la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad, pues, en aquel que soportó en su persona tal contradicción de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento.*

Por una parte se describe a Cristo como *autor/iniciador*, es decir, como el que la crea en el mundo. Pero, ¿acaso no existía la fe? Se trata aquí de una fe que no llegó a existir interrumpida por la sospecha sobre Dios. Desde los inicios, según la mirada bíblica, el hombre está en una posición ambigua frente a Dios, a la vez en reconocimiento de su soberanía y en sospecha de su benevolencia. Las palabras existen, pero la carne de la historia humana parece no hacer sitio totalmente a una fe que supere esta ambigüedad. Pues bien, es en Cristo donde esta fe se abre paso en la historia.

Por otra parte, Hebreos habla de Jesús como *perfeccionador/consumador* de esta misma fe. Esto sucede en la cruz, en medio de la contra-

dicción del mundo. Un mundo en el que el hombre se encuentra frente a Dios perseguido por la violencia y sin sitio donde sostener su identidad, marcado mortalmente por una violencia que le persigue para aniquilarle, antes o después. ¿Es un castigo de Dios esta muerte y esta muerte alejada de cualquier signo de benevolencia? En medio de esta situación que configura al hombre marcado por el pecado que ciega su acceso a Dios, desde ella (2Cor 5, 21) Cristo se entregó a Dios como lugar propio de identificación, de realización, consumando así el movimiento de la fe. Es entonces cuando la fe de Cristo, su entrega en oscuridad mundana, se aparece como inmune a cualquier provocación o tentación histórica. La fe se perfecciona, se consume en Cristo, pues el pecado donde quedó interrumpida es dejado atrás, es evitado y hecho impotente en su misma humanidad.

Desde esta forma de situarse de Jesús en el mundo, la fe aparece *no como una idea sobre la existencia de Dios*, sino más hondamente como una relación, un estar delante remitido a una voluntad que realizar y a una acogida confiada de esta voluntad como radicalmente salvífica. Además, no reducida a un sentimiento de presencia, sino configurada como una apuesta más allá de lo experimentable y dominable (*Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*, Mc 15, 34; *En tus manos encomiendo mi espíritu*, Lc 23, 46). La fe aparece entonces siempre como “creer lo que no vemos”, en el sentido de vivir de lo nunca visible del todo, de lo nunca dominable totalmente. La humanidad de Jesús crucificado entregando su vida al Padre es el dibujo perfecto de la fe sobre el mundo. Toda su existencia corporal es así expresión de fe, palabra de fe, en especial su cuerpo vencido por el mundo y sostenido frente a él por su radicación identificadora en Dios mismo.

b) La fe en riesgo de idolatría

Detengámonos ahora en la contradicción soportada por Jesús y que es causa, según el texto de Hebreos del desaliento que nos persigue. Esta contradicción que tiene como expresión la cruz persigue a todo hombre que se encuentra en el mundo bajo la experiencia de estar en vías de rechazo y eliminación y que le incita a un camino de escondimiento de los demás y afirmación violenta frente a ellos, como puede verse en la historia de Caín (Gn 4, 13-14). Pues bien. Este es el lugar de posible engendramiento de la idolatría como vamos a intentar mostrar.

En el relato de las tentaciones, tal y como aparece en Mateo 4, 1-11 y en Lucas 4, 1-13, Jesús después de ser definido como Hijo amado, predilecto en el bautismo, es empujado por el Espíritu al desierto, es decir, a la contradicción. Estamos aquí ante una descripción de la misma encarnación, inserta en un acontecimiento de la vida histórica de Jesús. La vida de relación filial del Hijo eterno se va a entregar a la distancia del tener que realizar su identidad en distancia, en decisión, en fe en el interior de la historia. Es la aridez del desierto y el hambre en él suscitada o, de otra manera, la limitación de la historia y de la propia vida la que va a abrir un espacio de diálogo sobre la verdadera identidad de Dios y del hombre. Un diálogo tentador donde aparece una posibilidad ficticia, pero con fuerza de evidencia histórica de sostenerse: hacer de las piedras pan, afirmarse frente a todo poder que nos quiera eliminar.

La vida humana aparece siempre dependiente, frágil, incompleta, impotente... en el desierto de esta vida de los hombres. En medio de esta experiencia inevitable, que debería conducirnos a sostenimiento mutuo y finalmente a la entrega a Dios, aparece un poder, en apariencia divino, que nos ofrece una vida independiente, completa, fuerte y victoriosa frente a todo límite... y por tanto que se define ante nosotros como *el Dios que quisiéramos, distinto del Dios que nos ha creado* y que, por tanto, nos define como limitados frente a él.

La decisión de fe se sitúa entonces entre la entrega de la vida a un Dios que nos define como amados en nuestra pequeñez constitutiva de criaturas que hemos de aceptar para recibir a su tiempo la plenitud de la vida o entregarnos a un dios que nos invita a ser dueños absolutos de nuestra vida identificándose con nosotros en nuestro poder sobre el mundo, inmenso y fascinante hasta cegarnos, que oculta su limitación constitutiva.

La idolatría consiste entonces en aceptar un Dios que parece el verdadero porque se muestra como omnipotente en un momento determinado, porque domina ese momento de la historia en el que nos sentimos débiles y necesitados. Un Dios pluriforme en sus manifestaciones, aunque todas coinciden con su promesa de solucionar la fragilidad que nos angustia mientras vamos de camino en el desierto de la vida. Sin embargo, no es nada más que el espejo de nuestra fuerza, de nuestras propias posibilidades que son capaces de reducir a la nada o más bien de aplazar el

encuentro con nuestro límite radical donde la pérdida del control de nuestra vida nos hace sospechar que estamos *dejados de la mano de Dios*.

2. La expresión de la fe: *Santificado sea tu nombre*

a) La alabanza como primera y fundante expresión creyente

Frente a esta posibilidad el creyente es aquel que aparece en el mundo en actitud de alabanza. Aquel que interpreta la realidad como lugar donde puede reconocerse a Dios como origen creador, como presencia providente, como futuro consumidor.

Esta alabanza no es para él solo una oración vocal, sino una forma de situarse en el mundo que imprime en su acción una falta de miedo a la pérdida de sí mismo que le permite entregarse a los demás. La alabanza así es la expresión propia de la fe que tiene como lugar último de verificación el amor. Esta alabanza se produce de inicio al contacto con los bienes de la vida que son, en primer lugar, la misma existencia, la posición de dominio sobre la realidad, y en segundo lugar la historia de preocupación/liberación de Dios por el pueblo (Salmo 8 / Ex 15, 1-18). Sin esta constatación concreta de la vida como bien en su propio ámbito, nada tiene que hacer un discurso religioso. En este sentido la alabanza es fruto, en primer lugar y necesariamente, del encuentro concreto con bienes más mundanos.

b) El necesario paso por la contradicción

Ahora bien, esta experiencia primera de tener vida y una vida protegida debe atravesar las condiciones creaturales de limitación y la mortalidad, y en ellas entregarse a una relación de confianza/amor con Dios. Esta alabanza desde la *vida viviente* debe atravesar y afirmarse en el terreno de la *vida muriente*, de aquella situación que parece contradecir la verdad de la bondad y cercanía preocupada de Dios. El poder sobre el jardín donde todo es propio debe ser habitado bajo la presencia de un árbol indomable. La puerta abierta en el desierto a la libertad debe ser atravesada aceptando la apariencia de muerte que conlleva. El paraíso y el desierto, ámbitos ambos de relación creadora y creativa de Dios sobre el hombre, deben ser atravesados como espacios de muerte donde recibir la vida en una relación de fe y amor.

c) El pueblo de Dios entre la alabanza y la murmuración

Es en este tiempo de camino hacia nuestra identificación en referencia a Dios donde aparece la tentación de la idolatría, como podemos ver en los relatos del itinerario de Israel por el desierto.

En ellos, y muy pronto, en el texto se encuentra inmediatamente después del cántico en el desierto del pueblo liberado², al contacto con el agua amarga del desierto va a aparecer la murmuración. Esta murmuración queda recogida en una afirmación posterior que resume la experiencia: *¿Está o no Dios con nosotros?* (Ex 17, 7). En el inicio está la contradicción entre la vida y su limitación (toda vida es mortal). Inmediatamente aparece en ella la pregunta que se hace sospecha fruto de la tensión entre lo deseado (vida sin muerte) y lo real (vida que debe recibir la vida en confianza para superar la muerte). La sospecha entonces se va extendiendo y reafirmando en el diálogo como en una especie de contagio en espiral que somete a todo el pueblo, que es lo que se describe como murmuración. Un diálogo mortífero que ya había sido dibujado en su contenido propio en el diálogo entre Eva y la serpiente.

Más adelante, cuando el pueblo se vea a sí mismo sin destino ante la falta de Moisés que parece haberse perdido, el pueblo se sentirá abandonado a su suerte por ese Dios que nunca se somete a los deseos del pueblo y siempre pide una confianza en apariencia excesiva. Vemos entonces que el pueblo experimenta esa situación humana donde el lugar en que se está agota su posibilidad de dar vida y no hay un sitio a donde ir.

Pues bien, es entonces cuando el hombre buscará construir *un Dios a imagen y semejanza de su deseo, a imagen y semejanza suya*, es decir un Dios que siempre esté dispuesto a cumplir los deseos del hombre cuando tiene sed, que no le obligue a atravesar los desiertos paradójicos de la fe y el amor. Aquí toma cuerpo el ídolo.

d) La lógica de la idolatría: *Vender el alma al diablo*

La historia sabe que no es fácil superar esta contradicción, más aún, que el hombre no la ha terminado de superar nunca, que está sometido a

² Se trata de las dos partes del capítulo 15 del libro del Éxodo: 1-21 y 22-27.

ella. Es el miedo, la oscuridad propia de esta ambigüedad de la vida, la que ha modelado la posición del hombre en el mundo. El *miedo* ha tomado la forma de la *impaciencia* y esta ha generado una *desesperanza* que hace al hombre crear un Dios con su mismo barro buscando dominar su propio miedo. Esto es lo que se encuentra detrás de la idolatría. Veamos el interior del proceso.

Ya hemos visto que la acción de Dios es en primer lugar engendradora de vida, por eso el hombre se descubre como ser viviente, como ser protegido, liberado, bendecido³. De hecho encontramos en nuestra misma vida una especie de promesa de vida en determinados impulsos que nos hablan desde un interior propio previo a nuestra decisión, a saber:

El primero es el dominio sobre las fuerzas de la vida. Podemos manejar el mundo, de hecho lo manejamos en una cierta medida. Nos reconocemos en este poder que va definiendo nuestro propio mundo por acción sobre él.

Pero además, aparecemos distintos a los demás, marcados por una unicidad que nos constituye dándonos un puesto propio insustituible en la vida.

Por último sentimos el gozo de existir en la textura misma de nuestra vida desde lo más inmediato que es el contacto corporal, hasta lo más sublime como es la percepción gozosa de la armonía de las cosas y el amor.

Estamos, por tanto, situados en el mundo con una apertura de posibilidades de vida que hablan de una plenitud que ya se toca significativamente en determinadas experiencias que nos incitan a la acción en la dirección que marcan. El poder activo sobre la realidad, la identidad distinta, el gozo de la vida se nos ofrecen como caminos de realización de nuestra propia plenitud

Sin embargo, estos dinamismos de vida no son capaces de configurar todo nuestro ser definiéndolo absolutamente desde ellas mismas. Se topan con su propia limitación como con una injusta interrupción de su propia lógica. *Y esta interrupción nos dice que no somos los que creamos nuestra plenitud, lo mismo que no somos los que creamos nuestra propia vida.*

³ En Cristo esto aparecerá en su expresión máxima al configurarse como ser amado y constituido filialmente por Dios, como hemos visto al hablar de su bautismo.

Aquí nace en el mundo una especie de tristeza del ser que pide más. Una tristeza que como el llanto del niño, esperando que su madre lo acoja y le dé lo que necesita, no entiende qué sucede y por qué sucede esto. Una tristeza que tiende a convertirse en súplica y pronto en una impaciencia que desea tener poder inmediato sobre toda fuerza que nos domine, una omnipotencia a prueba de toda mortalidad, que desea tener una presencia relevante en todo momento y frente a todos, una relevancia a prueba de todo desprecio, y que desea superar todo sufrimiento y tristeza, un gozo a prueba de toda apatía y dolor.

¿Por qué he de esperar?, se pregunta el hombre en un diálogo donde toma cuerpo la presencia del Enemigo. Y si hemos de esperar no será que Dios nos ha abandonado y que nos ha traído a este desierto a morir. ¿No tendremos que buscar otros poderes que den respuesta a nuestra súplica? Aparece la desesperación como falta de fe en Dios y la entrega de nuestra vida a cualquier cosa que solucione *de inmediato* nuestros deseos, que libere de la angustia del tiempo y de la confianza en nuestra vida.

Y aquí se produce lo que la tradición literaria ha llamado *vender el alma al diablo*. Los ídolos siempre dan respuestas inmediatas que sacian en el momento, sin embargo debido a que son realidades no divinas, mundanas, a que son nuestros propios poderes en su mayor eficacia sobre la vida, no pueden proporcionar la eternidad, la superación de la muerte, por eso, al final, terminan por robarnos el alma, aquel espacio interior de nuestra vida que nos remite a Dios como fuente única de vida. Jeremías lo ha expresado sintéticamente: *Siguieron a dioses vanos y acabaron siendo vanidad* (2, 5c). A esto mismo se refiere Jesús cuando dice: *No temáis a los que matan el cuerpo, sino al que tiene poder para matar el alma* (Mt 10, 28).

e) Cristo confesor en el desierto de los hombres

Fijemos ahora los ojos en Cristo, ya que es justo en este instante donde consuma la fe. Debe beber el cáliz de amargura, la contradicción de los hombres, la angustia de la impotencia, de la irrelevancia/desprecio, del sufrimiento. El cáliz de la experiencia histórica del abandono de Dios.

El desierto de aguas amargas que los hombres deben atravesar para llegar a la tierra prometida de su identidad verdadera coincide finalmente

con la muerte, donde el hombre siente la tensión radical de la contradicción entre un Dios que dice haberle creado para la vida y su tener que dejar la vida, soltarla, tener que entregarse a la muerte.

La afirmación de Jesús en la cruz *tengo sed* (Jn 19, 28) está en esta línea. Por una parte aparece anhelante de la vida misma que parece escarpársele. Por otro, como afirman los exegetas, esta sed es el deseo mismo de beber la voluntad de Dios hasta el extremo donde encuentra su identidad. Beber la muerte para mostrar que Dios es la vida: *¡Padre, librame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto...! Padre, glorifica tu nombre!* (Jn 12, 27-28).

Esta glorificación pedida es la manifestación de Dios como Padre creador, providente, consumidor... que alcanza su plenitud en el ámbito creatural solo en el espacio de la muerte, ya que en él Dios puede consumir la entrega de su vida a través de una relación de amor que hace de la creación y en ella del hombre su *partner* libre. Por eso es a través de la muerte de Jesús como este deja paso en la historia a la figura de Dios como Padre, como vencedor de la muerte y dador de una vida eterna, pensada y preparada para el hombre en su eterno designio. Alrededor de Cristo ahora resucitado (*lo he glorificado y volveré a glorificarlo*) se puede cantar ya siempre un himno a Dios, puede aparecer la santificación del nombre de Dios, la alabanza que da sentido a la creación de Dios. Así aparece en el Apocalipsis: *Cantaban un canto nuevo, diciendo: «Tú eres digno de tomar el libro y de romper los sellos, porque has sido inmolado, y por medio de tu Sangre, has rescatado para Dios a hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación. Tú has hecho de ellos un Reino sacerdotal para nuestro Dios, y ellos reinarán sobre la tierra»* (5, 9-10)⁴.

⁴ Nos llevaría lejos comentar este texto, baste decir en la lógica de nuestra reflexión, que en él se dibuja la muerte de Jesús como *rescate para Dios*, a saber, liberación de lo que no nos deja ser de Dios, justo al contacto con nuestra limitación mortal. A la vez se describe su consecuencia primera, a saber, que los liberados aparecen como un *reino de sacerdotes*, es decir, un pueblo que canta de continuo la alabanza de Dios porque ha comprendido su verdad salvífica, pueblo en el que se puede reconocer su gloria como vida del mundo.

f) El nacimiento a la alabanza en agonía

La alabanza de Jesús, su acción sacerdotal, termina por nacer justo en el momento en que se enfrenta a su muerte. En el lugar donde el hombre hace nacer a los ídolos al sospechar de Dios, Jesús hace nacer la presencia verdadera de Dios en el mundo al entregarse a Él bendiciéndolo (*tomó el pan/su vida... bendijo a Dios/dio gracias... lo partió... esto es mi cuerpo*).

Es en esta actitud abarcante de toda la existencia del hombre donde se produce el nuevo nacimiento del creyente que pide Jesús a Nicodemo y en él a todos los creyentes, y que se ha realizado en Cristo mismo. Este nacimiento se realiza de la mano de Jesús como afirma el conocido himno cuaresmal de vísperas: *Guarda mi fe del enemigo / ¡tantos me dicen que estás muerto...!* / *Tú que conoces el desierto / Dame tu mano y ven conmigo.*

3. Vida de fe, idolatría y martirio

a) “Que nadie se vuelva perezoso en el fe” (*Porta Fidei*, 15)

Después de lo dicho parece evidente que la fe no va a afirmarse a sí misma en este mundo por pura inercia, requiere por el contrario un cuidado vigilante y continuo que tiene como primer enemigo la pereza, como subraya Benedicto XVI en su carta apostólica. La vida de fe debe estar en estado de vigilia y lucha si no quiere ser deformada.

Podríamos decir que el creyente *sabe de Dios* habitualmente a partir de una experiencia inmediata, nacida en un lugar interior por él indomitable y al que se remite atemáticamente. Sabe que Dios es su origen, que le acompaña como fundamento de vida y promesa de eternidad. Además, todo esto, en nuestro contexto de tradición cristiana, lo sabe a partir de una predicación, que existe en él antes de que lo sepa, fruto del acontecimiento de la resurrección de Jesús.

Porque esto es habitualmente así, el creyente, este creyente que somos en esta sociedad culturalmente cristiana, piensa demasiado deprisa que su saber ya es la fe. Sin embargo su saber es todavía una idea que avanza en él hacia la apropiación de todo su ser para convertirse así en fe verdadera, para encarnarse verdaderamente en él. Y porque este creyente que somos cree ingenuamente que ya tiene la fe hecha una con el

cuerpo de su vida se deja llevar como si la corriente de esta fe sabida le condujera directamente a Dios. Por otra parte, el bienestar en el que hemos vivido, que demasiadas veces se ha hecho coincidir con la verdadera y sobre todo última y fundamental bendición de Dios, se hace perezooso como si su fe en Dios fuera una garantía de permanencia en el estado de bienestar que tiene. Agarrado a lo que le da seguridad creyendo que confía en Dios, cuando en lo que confía es en su salud, en su dinero, en su trabajo, en su inteligencia, en su dominio de la realidad...

En este contexto no pocas veces, mientras la fe vive en condiciones de bienestar personal, el creyente se olvida de ir entregando su vida a Dios, se olvida de preparar su fe para la prueba, se olvida de trabajar la verdadera fe en su propia carne. “Hoy –dice Bianchi– el cristianismo tiende a rechazar la dimensión del ‘combate de la fe’, al cual sin embargo daba un puesto privilegiado la enseñanza de los primeros cristianos. Es cierto, no vigilamos suficientemente sobre hábitos que nos animan y desfiguran nuestra vocación humana y cristiana. Ahora bien, la lucha espiritual es un elemento esencial (...) ni siquiera Jesús ha podido evitarla”⁵.

b) El combate como forma obligada de la fe

Pero la fe es combate contra todo lo que nos hace creer ingenuamente que podemos darnos la vida a nosotros mismos. Un combate que comienza en su forma violenta cuando somos asaltados por las contradicciones de la vida. Un combate que tiene como objetivo dar a luz en nosotros la verdadera vida cristiana, la fe donde Dios pueda entregarse en verdad de amor vivificador en nosotros.

Demasiadas veces llegamos al momento de la batalla decisiva sin la preparación suficiente, porque hemos vivido la fe en una forma de “tener por tener”, porque hemos rezado sin estar en la oración, porque hemos ido a misa sin participar en la celebración, porque hemos oído la palabra de Dios sin escuchar su radicalidad de vida y muerte, porque hemos prescindido del ayuno sometidos a la lógica de bien vivir.

⁵ E. Bianchi, *Lettere a un amico sulla vita spirituale*, Magnazo 2010, 105.

c) El combate contra el enemigo que hay en mí

La fe, por el contrario, debe manifestarse como lucha cotidiana para aprender a pensar, sentir, reaccionar, actuar, desde la confianza absoluta en la palabra de Dios. En este combate se trata de luchar contra el enemigo que hay en nosotros mismos, aquel que nos susurra que Dios no nos hace falta, pues ahora todo está a nuestros pies, o que nos ha dejado abandonados o que realmente no tiene ningún poder, como es visible por cómo está el mundo y que, aun creyendo en su existencia, hemos de buscarnos la vida por nosotros mismos, o que, en este sentido, Dios ofrece un camino opcional ya que no es Él el que define en raíz ni puede definir esta vida del mundo.

Cuando esto sucede el Enemigo nos invita, con mil justificaciones, a configurar los tres impulsos ya mencionados en una forma perversa. Nos incita:

Hacia *la avaricia y la ira*, que representan un intento de poder absoluto frente al miedo a perecer frente a las fuerzas que intentan someternos y anularnos. Es el dinero y la violencia lo que nos daría el poder sobre las cosas y las personas.

Hacia *la envidia y la soberbia*, que representan un intento de presencia absoluta, de relevancia continua frente a todo lo que me revela mi pequeñez. Un deseo de ser todo en todos los lugares.

Hacia *la gula y la lujuria*, que representan las formas de gozo absoluto, el descontrol de los instintos que huyen de continuo de su limitación (hecha para el encuentro agradecido y generoso) a través de un placer en estado de continua apropiación de la vida.

Detrás de estos movimientos se encuentra el miedo a perecer, el miedo a la irrelevancia, el miedo al tedio. Un miedo que solo se va aliviando en el encuentro personal del amor y la amistad, pero que, como dijimos, en su tensión última aparece como una llamada a la confianza en Dios, único que puede culminar, consumir nuestra vida. Luchar contra estos movimientos de nuestra vida supone definir nuestra existencia en forma de fe en Dios como meta de la vida, superando cualquier entrega a una realidad personal o impersonal de la historia como absoluto.

Cuando nos dejamos llevar por este miedo nos sometemos siempre a algún ídolo que justifica, sostiene y alienta estas prácticas que terminan

por llevarnos a un callejón sin salida: podrán retrasar el enfrentamiento con nuestro ser-nada-por-nosotros-mismos, pero finalmente toparemos con esta dimensión de nuestra vida, y la angustia será nuestra única compañera cuando, según el mito de Fausto que dibuja esta situación, Satán venga a recoger nuestra alma.

d) Los falsos combates: convertir al otro en enemigo

Hay un falso combate que, sutilmente, desvía nuestra lucha de su objetivo principal. Se trata de quedar presos del juicio frente a la idolatría de los demás. Se trata de un combate perverso que es presentado en el evangelio en el relato en el que los discípulos quieren pedir fuego y azufre para las ciudades que no reciben a Jesús (Lc 9, 51-55), cuando ellos, mientras suben a Jerusalén, no terminan de acompañarle interiormente dejando espacio en su interior a un ídolo mesiánico de poder y relevancia.

Demasiadas veces las conversaciones de los cristianos giran en torno a la inmoralidad de la sociedad, en torno a su degradación, a sus miserias, a su paganismo, cuando este paganismo está en casa, en los deseos inconfesados de muchos cristianos de entregarse a esa forma de vida que criticamos, y cuando sin desearlo forma parte de nuestra vida por nuestra propia debilidad. En no pocas ocasiones da la impresión de que en los cristianos pesa menos la tristeza que produce un evangelio que podría llenar de alegría y es rechazado cuando se ofrece (Lc 13, 34-35), que un cierto rencor amasado en el fuego de la represión no aceptada internamente de esos bienes y forma de vida que exalta el mundo pagano y que ocultamente se envidian. Es necesario prestar atención a esta deriva que solo se salva en una apertura siempre más honda a Cristo, para que sea Él quien nos haga comprender y vivir la lógica de la verdadera alegría, siempre incontenible y contagiosa y nunca rencorosa.

e) El mundo creado por el Adversario

Dicho lo anterior, no es tiempo de ser ingenuos. Nuestra sociedad está configurada por *una idolatría que se exhibe impudicamente*.

Nacemos siempre –no solo en estos tiempos– en un mundo marcado por la sospecha sobre Dios, fruto del pecado, y hemos de venir a Dios desde él. San Pablo lo afirmaba para los convertidos del paganismo (1 Tes

1, 9), pero quizá hoy haya que afirmarlo incluso para los que venimos a la fe desde dentro del cristianismo. Satán es, como dice san Juan, el príncipe de este mundo (Jn 12, 31). Estamos en su terreno, vencido definitivamente, pero coleteando mortalmente en la historia.

La exaltación de la felicidad a costa de cerrar los ojos al sufrimiento y de la eliminación de lo molesto... La exaltación de la imagen y la relevancia más allá del valor de humanidad de las personas... La exaltación de la ciencia como fuente de dominio de todo límite al margen de su moralidad... Y detrás de todo, la exaltación del individuo o del propio grupo en forma despectiva o violenta frente a todo y frente a todos a costa de la humanidad común... De fondo, la adoración del dinero y de la relevancia social que nos hacen arrodillarnos aceptando la promesa: *Si te postras ante mí todo será tuyo* (Lc 4, 7). Es importante decir que este ídolo siempre oculta la sangre de los sacrificios que exige. El ara manchada de sangre se nos oculta para que no sospechemos de la inhumanidad a la que nos conduce siempre. Por el contrario, esta idolatría se adorna siempre de humanidad y preocupación por el ser humano individual y su felicidad, escondiendo un as en la manga: no puede cumplir sus promesas y finalmente nos abandona dejándonos en nuestra propia impotencia angustiada. El ídolo siempre nos desposa con esa compañera definitiva a la que temíamos que es la muerte (Sab 13-14).

La fuente del sentido, de la felicidad y la dignidad está pues en otro lugar, en el lugar que nos constituye como fundamento de existencia y que nos llama a la confianza a través de los impulsos de vida que ha impreso en nosotros, un lugar que siendo propio nos habita desde más allá de nosotros mismos, pues es la misma vida de Dios suscitándonos y sosteniéndonos a la espera de entregarse del todo a nosotros.

Podemos vivir sacramentalmente la plenitud en las relaciones con el mundo y con los demás, y así gustarla como don y signo hacia una vida definitiva en Dios, pero habremos de abandonar el gesto apropiativo frente a la vida y a toda relación confiándonos a su sostenimiento y perfección futura en Dios.

f) El combate de la fidelidad y el martirio subsiguiente

Por tanto *no se trata de no entrar* en ese mundo de la idolatría, sino *de salir* de él, porque de una forma u otra ya nos tiene sometidos. El com-

bate es el combate de la fidelidad a la vocación cristiana que no es otra cosa que realizar en nosotros la imagen divina que dibuja Cristo en el mundo y que nos transmite con su Espíritu. Se trata de alcanzar nuestra verdadera imagen desde un mundo desfigurado al que pertenecemos.

Una imagen asaltada y sometida por la tentación que requiere una conversión continua, es decir, que requiere “cambiar cada día de camino frente a los senderos que no me llevan a ninguna parte, que desembocan en un callejón sin salida”⁶. *Solo así nos hacemos testigos* de otra forma de ser que parece menor, porque no da la impresión de que tenga fuerza para imponerse a los poderes de este mundo, pero que a la sombra de la vida resucitada de Jesús encuentra una paz inexpugnable porque se sabe a resguardo de la muerte. *Os he dicho todo esto para que podáis encontrar la paz en vuestra unión conmigo. En el mundo encontraréis dificultades y tendréis que sufrir, pero tened ánimo, yo he vencido al mundo* (Jn 16, 33).

La verdadera dificultad de la fe proviene de la euforia que produce el control momentáneo de la vida que envuelve a los adoradores del ídolo. Ellos se muestran como dueños del mundo y, seguros en todo momento de su victoria, no perciben que esta es solo un espejismo y los que los tienen delante no ven su futuro de muerte, sino solo su poder sobre la realidad, atados como están al presente que marca su debilidad frente a ellos. Y así, demasiadas veces nos pasa, el creyente deserta de su fe (1Mac 1, 41-43).

Cuando no lo hace siente sobre sí la burla, el desprecio, la frase terrible de los que tienen la vida en sus manos en el aquí y ahora del momento: *¿dónde está tu Dios?, si es verdad que Dios te ama, baja de la cruz...* Y aunque no lo digan ellos, ante ellos nuestro mismo interior nos lo pregunta. Y con la burla, aparece el rechazo y la persecución cuando el creyente no se somete a su mundo y pasa a denunciar las consecuencias inhumanas de esta vida bajo la soberanía del propio yo que tantos daños y sufrimientos deja por donde pasa (Sab 2, 10-20).

En este contexto bien podría citarse la frase de Orígenes quien afirma: *la tentación hace del cristiano o un idólatra o un mártir*. El testimonio de fe pasa por el rechazo a someterse a todo poder que nos des-

⁶ A. Grün, *El camino a través del desierto. 40 dichos de los padres del desierto*, Bilbao 2010, 43.

vincule de la esperanza en Dios, de la obediencia a su Palabra y de la comunión de vida con todos en un mismo cuerpo de humanidad filial, especialmente con los que más nos necesitan. Y este *testimonio* nos entrega a una vida no siempre fácil y gozosa, aunque sí verdaderamente humana y de futuro.

g) ¿Qué idolatrías nos acechan hoy?

Dicho lo anterior no es necesario explicitar mucho más, pues la situación bajo la que está cada uno debe descubrirse en la soledad honesta de nuestra desnudez ante Dios. Cada cristiano debe concretar, y es a esto a lo que nos invita la cuaresma litúrgica, que no es sino signo de la cuaresma que toda vida necesita hasta alcanzar la verdad de la vida resucitada.

4. Las armas de la fe

Pasamos al último momento de nuestra reflexión en el que nos tendremos brevemente en cómo evitar la idolatría. Nos centraremos en elementos tradicionales y básicos de la vida cristiana mostrando su relevancia en este tema.

a) La oración como meditación de la vida de Cristo

No es suficiente la oración para no caer en la idolatría, pues es fácil convertir la oración en un culto encubierto a los ídolos, como deja constancia la predicación de algunos profetas⁷. Esta dramática desfiguración del culto del pueblo, que tiene la misma lógica en la oración del creyente individual, ha quedado reflejada en el relato de construcción y adoración del becerro de oro por parte de Israel en el desierto. He aquí el texto recogido en Ex 32, 1-16:

Viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar del monte, se congregó ante Aarón y le pidió: «Anda, haznos una divinidad que nos guíe, porque no sabemos qué habrá sido de ese Moisés que nos sacó del país de Egipto». Aarón les contestó: «Que vuestras mujeres, vuestros hijos y

⁷ Puede verse una precisa reflexión en J. L. Sicre, *Profetismo en Israel*, Estella 2003, 367-85.

vuestras hijas se quiten los pendientes de oro que llevan en sus orejas y me los traigan». Todos se quitaron los pendientes de oro que llevaban en las orejas y se los presentaron a Aarón; este los recibió en sus manos, hizo trabajar el oro con el buril y fabricó un becerro chapado en metal. Ellos exclamaron: «Israel, este es tu Dios, el que te sacó de Egipto». Aarón lo vio y construyó un altar delante del becerro. Después proclamó: «Mañana celebraremos una fiesta en honor del Señor».

En este texto puede verse una confesión de fe y adoración ante el ídolo idéntica a la del primer mandamiento de la fe israelita, aunque aplicada a un dios salido de las propias manos del hombre, hecho a imagen de sus deseos. He aquí la afirmación del primer mandamiento manipulada por los deseos del pueblo:

Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses fuera de mí (Ex 20, 2-3)⁸.

Por tanto, no es solo la confesión de Dios, ni solo el culto religioso, lo que hace verdadera nuestra fe, sino el arraigo en la Palabra de Dios, la obediencia a las palabras de su Alianza, que finalmente se concreta en la obediencia a Cristo y su evangelio. Cristo afirmará con contundencia: *No todo el que me dice: ¡Señor, Señor! entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos (Mt 7, 21).*

Cristo mismo como Palabra del Padre que pide seguimiento, imitación es el que debe determinar el itinerario de nuestra vida y no nuestras necesidades inmediatas que buscan hacer de Dios un poder al servicio de nuestros deseos. Pues si bien Dios acepta la súplica que nace de nuestra pobreza como parte de nuestra oración, no acepta someterse a ella por más que esto pueda suponer una coartada para nuestra desafección por él y nuestra entrega a otros poderes: *Buscad primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt 6, 33).* La oración es siempre y en primer lugar una escucha fiel y obediente de la palabra de Dios que es Cristo mismo. Solo en ella la idolatría escondida de la vida se va revelando y puede ser afrontada.

⁸ “No existe ni una sola verdad de fe que no podamos manipular idolátricamente”, afirma Von Rad según cita J. L. Sicre, *Profetismo...*, 381.

b) La vida desde la comunión eucarística

Además al cristiano se le ofrece la acción eucarística como lugar de identificación existencial en una relación personal con Cristo. Esta participación en la eucaristía prefigura nuestro puesto en el espacio de Dios, la acogida que él nos brinda. Al tener un lugar propio abierto por Cristo al acogernos como parte de su cuerpo y presidir él mismo en cuanto resucitado, la celebración ofrece un espacio de esperanza para todo desconsuelo. Quien vive a partir del puesto que Dios le da en esta celebración sabe que las fuerzas de la vida y de la historia no pueden robarle su identidad última, protegida de la muerte y del desprecio por quien estuvo muerto, pero ahora está vivo por los siglos de los siglos y tiene las llaves de la muerte y del Hades (Ap 1, 18). Este es el espacio donde puede recogerse, por tanto, todo desconsuelo que produce la tristeza originada por la muerte en sus múltiples formas en nuestra vida⁹.

Además, por ser esta celebración el memorial de su muerte por nosotros, acontece en ella la dignificación radical de nuestra vida, no por nuestras obras sino por un perdón que nos justifica y nos abre unas posibilidades de vida regenerada. Nuestra relevancia pues no se dirimirá por la auto-justificación ante el mundo, sino por el amor misericordioso que nos viste de una belleza inmarcesible.

Por otra parte, en el juego de los liberados del miedo a no ser nada se dan las condiciones de una relación fraterna en la que el juego de las riquezas se distribuya generando un amor creativo que es lo único que vence la apatía de la vida y hace soportar el dolor que conlleva mientras alcanza plenitud.

Es pues esta comunión eucarística con Cristo el espacio vivo donde puede vencerse aquel miedo que conduce a la idolatría.

c) La austeridad y la discreción

Por último nos detenemos en dos actitudes especialmente cercanas al ambiente cuaresmal y lejanas al ambiente cultural, tan lejos en el hombre de su natural asunción como necesarias para su vida verdadera.

⁹ La imagen de Ap 6, 9-11 de los fieles (mártires) escondidos bajo el altar a la espera de que aparezca la justicia de Dios es bien consoladora, en especial para los que sufren por su fidelidad a Cristo la persecución.

La primera es *la austeridad* que es a la vez fruto de esa fe en Dios que nos enseña, poco a poco, a reconocer que nada puede darnos la felicidad completa y, al mismo tiempo, instrumento para no alejarnos de ella seducidos por el afán idolátrico de riquezas. La austeridad no es la renuncia a todo bien, signo de los bienes divinos, sino el recuerdo práctico de que son solo eso, signos que nos remiten al bien supremo y que, por tanto, no deben retenernos como Circe hizo con Ulises en el viaje de este a su verdadera patria.

Además estos bienes, signo de Dios para el que los posee, puede convertirse, cuando no se absorben en una vida de riquezas indiferente a las necesidades de los demás, en signo para los más pobres de que Dios mismo no les abandona. Esta austeridad es una forma concreta y necesaria de luchar contra el afán insensato de darnos la vida a nosotros mismos, la forma concreta de aprender la confianza en Dios. Baste recordar las palabras de Jesús: *Nadie puede servir a dos amos, porque odiará a uno y querrá a otro, o porque será fiel a uno y al otro no le hará caso. No podéis servir a Dios y al dinero* (Mt 6, 24).

La otra actitud es *la discreción* de vida. Esta nos va enseñando poco a poco la humildad, verdadero don del cielo. Nos va enseñando que la verdadera identidad está escondida en el corazón de Dios y no en las palabras y halagos de los hombres. La discreción, como la austeridad, nace de la fe y a la vez la sostiene, pues evita la deriva del hombre hacia la prepotencia, cáncer de toda relación de vida. Es la actitud por la que nos abrimos al don de la humildad que crea en nosotros un corazón verdaderamente abierto a los demás.

5. El amor como victoria total contra la idolatría

Por último, *¿cómo saber si somos idólatras?* Creemos que solo hay un *test* que nos indica adecuadamente si estamos sometidos al Dios de la vida o a algún ídolo de muerte. Este *test* es la pregunta de si amamos en cada momento más allá de nuestros intereses, de nuestra relevancia, de nuestro gozo momentáneo... Los que lo aprueban, incluso siendo no creyentes no son idólatras; quien lo suspende debe reconocer que aunque crea tener fe, esta está secuestrada por algún ídolo escondido de su corazón.

Solo el sacrificio de sí en el amor es la verdadera alabanza a Dios y el verdadero lugar donde recibir la gloria del Padre, al menos en la

forma en que nos ha mostrado Dios en Jesucristo. Solo el seguimiento de Cristo hasta la cruz en amor dice que hemos abandonado toda esperanza vana en los ídolos y nos hemos entregado a la fe en el Dios que resucitó a Cristo de entre los muertos y con él nos dará todo (Rom 8, 32).

Por tanto solo queda concluir trayendo de nuevo ante nosotros el texto de la carta a los Hebreos que ha acompañado nuestra reflexión por debajo de las palabras:

También nosotros, liberémonos de todo impedimento y del pecado que continuamente nos asedia, y corramos con constancia la carrera que se abre ante nosotros, fijos los ojos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe, el cual, animado por el gozo que le esperaba, soportó sin acobardarse la cruz y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Pensad, pues, en aquel que soportó en su persona tal contradicción de parte de los pecadores, a fin de que no os dejéis abatir por el desaliento.

Francisco GARCÍA MARTÍNEZ
Universidad Pontificia de Salamanca (España)

